

Un toque de distinción

SI bien son notablemente conocidas las señas de identidad de la editorial Anagrama, gracias no solo a la intensa e inquebrantable firmeza de Jorge Herralde y equipo(s) por su independencia y calidad del catálogo, mucho se debe también al ciclo de la autobiografía editorial que ha ido publicando en los últimos años.

Faltaba, quizá para ampliar y complementar lo publicado por el mismo editor, incluido su último libro *Un día*

en la vida de un editor, esa respiración íntima que proporciona *Los papeles de Herralde* a través de la correspondencia que mantuvo con autores, agentes, críticos, periodistas y colegas desde los comienzos de la aventura editorial en 1968 hasta el año 2000. La razón que se detenga en esa fecha se debe a un accidente informático que hizo desaparecer los archivos digitales.

El responsable de esta gozosa obra, Jordi Gracia, catedrático de la Univer-

sidad de Barcelona y excelente ensayista, ha añadido un toque de distinción con su trabajo, contextualizando la correspondencia seleccionada, y sin ambages a la hora de comentar situaciones.

Por el libro transitan con esmerado detalle la creación de las diferentes colecciones, sus cambios y los motivos que tuvieron para ello. Los aciertos y problemas con las distribuidoras, muy grave en el caso de la mexicana Enlace que estuvo a punto de arruinar a Heralde y a otros editores; pero el nervio de la obra radica especialmente en la correspondencia que saca a la superficie viejos desencuentros, grandes afectos y sentimientos encontrados. Sin perder nunca el propósito, junto a una voluntad férrea y lucha constante, por conseguir un sólido catálogo de autores, preservando la identidad propia.

Apunta Jordi Gracia que ya desde el principio la comunicación con la prensa fue continua y con frecuencia tensa. Heralde, aparte de manejar con formidable habilidad tanto la ironía ácida como el sarcasmo más feroz, era incansable a la hora de pedir cuentas a periodistas, críticos y responsables de medios de comunicación. Un buen ejemplo de ello es la misiva que envió a Mercedes Milá cuando se negó a entrevistar a Patricia Highsmith que vino a España en septiembre de 1983. «Naturalmente, comprendo muy bien que te negaras a entrevistarla al tener previstos para ese día personajes tan interesantes y adecuados para un programa con fama de “progre” y, sobre todo, tan novedosos como Emilio Romero, Rodríguez Sahagún y Jaime

de Mora». Y se despide con «Un abrazo muy cordial».

Abundan los billetes defendiendo a los autores de Anagrama, cuando, como en el caso de Álvaro Pombo, es maltratado o mejor ninguneado por Fernando Sánchez Dragó al negarse a que su novela *El héroe de las mansardas de Mansard* se publique en la colección que dirige en Círculo de Lectores: «No sabes cuánto valoro tu papel de inflexible cancerbero de la calidad literaria», le escribe con ese elegante desdén que utiliza tan bien.

Uno de los temas recurrentes, como se recoge en el libro, son las fricciones con colaboradores de Carmen Balcells, y con ella misma, que durarían años; siempre a causa de autores, reclamación de atrasos en algún pago puntual con irritada reacción del editor de Anagrama, o en general por el comportamiento profesional de la Agencia, como se queja Heralde en numerosas ocasiones. Lo cual no es óbice, como queda patente en el cambio de correspondencia, que existiera una relación no exenta de respeto y hasta afecto entre ambos. Pero queda claro que la «bestia negra» de Jorge Heralde fue Carmen Balcells.

Siempre presto a defender el buen nombre de Anagrama, no consiente que ninguna prensa o ciertos críticos viertan dudas o mientan directamente al ensuciar la honestidad de los jurados de los premios de la editorial, o de la limpieza de sus tratos con los agentes o autores. Hay una buena colección de cartas en ese sentido. O cuando Juan Cruz elimina de la edición madrileña de *El País* un artículo

de su redactor Francesc Arroyo sobre el éxito de Álvaro Pombo en la Feria de Frankfurt, le hace saber su disgusto con reiterada acritud.

Entre los dos enemigos que el editor de Anagrama fija en su primera etapa, según le comenta al ensayista, son Franco y el *desencanto*. Y otros dos para la segunda, el grupo Prisa, con Alfaguara dentro, y la poderosa Carmen Balcells. Hubo un intento de reconducir el tema o quitarle hierro por mediación de Vicente Verdú, buen amigo de Herralde y elemento importante de *El País*, pero fracasó estrepitosamente.

Explica Jordi Gracia que Herralde le cuenta cómo la relación personal de autor y editor había sido muy estrecha y continua con Javier Marías a través de una larga y densa correspondencia, pero como ya se sabe acabaría mal al poco de la publicación entre 1992 y 1994 de *Corazón tan blanco* y *Mañana en la batalla piensa en mí*. Como el escritor ha prohibido expresamente que se publique su correspondencia con Herralde existe un vacío en el tema.

En estas más de cuatrocientas páginas hay muchas muestras de afecto, respeto y consideración por la gente que nutre el mundo literario, no solo nacional, por supuesto. Abunda la correspondencia con autores y editores internacionales que son una muestra evidente de la estrecha relación de amistad que se ha vivido, o permanece intacta, y las sentidas ausencias.

Cuando internaron a Terenci Moix poco antes de morir aquejado del cáncer provocado por su tabaquismo, Jorge Herralde le escribió unas líneas que acababan así: «deja de fumar de una puta vez, animal, y pórtate bien. *Una abraçada molt forta, Jordi*». También la muerte de Roberto Bolaño fue un trallazo para el editor. La correspondencia con el autor chileno está plagada de comprensión y respeto. Bolaño siempre consideró que publicar en Anagrama era un privilegio. Leer sobre ella un placer. —FRANCISCO LUIS DEL PINO OLMEDO.

Jordi Gracia (ed.), *Los papeles de Herralde. Una historia de Anagrama 1968-2000*, Barcelona, Anagrama, 2021.